# DISCURSO

pronunciado por el erudito General D. Jorge Vigón y Suerodíaz, en la sesión académica celebrada en el Círculo de la Amistad, en presencia de S.S. E.E. el Generalísimo Franco, su esposa, el Gobierno y altas representaciones de la vida oficial española

EXCELENCIA:

Ya le llamaban sus soldados Gran Capitán; pero fué delante de los muros de Atella, hacia mayo de 1496, cuando empezaron a titularle así los que ya aspiraban a ser militarmente sus pares, Ferrantino rey de Nápoles, el marqués de Mantua, y Cesar Borgia cardenal de Valencia, a cuyo socorro llegaba.

Se dijo—alguien lo dijo—que le llamaron así para distinguirlo de los demás capitanes y para señalar poco más que un matiz en la jerarquía.

Pero la verdad es que no fué para esto, sino para honrar esta infrecuente condición de extraordinario capitán que se daba en un segundón de la casa Aguilar que era, reducido a su fuste elemental—como él dijo alguna vez—Gonzalo Hernández.

Y bien lo merecía porque su aparición en el campo militar jalona el comienzo de una Era del arte de la guerra.

El arte militar, florecido en el imperio romano y trascendido a los pueblos bárbaros que lucharon con él, vino a anegarse en el feudalismo Pero quizá porque el feudalismo español revistió formas no muy acusadas, acaso porque la lucha contra los árabes exigió el empleo de fuerzas numerosas, en España se conservaron vestigios muy perceptibles de él.

Hay arte militar en la concepción y en el desarrollo de la batalla de las Navas de Tolosa (16-VII-1212), como la hay en la del Salado (30-X-1340); en una y en otra, en efecto es el arte el que vence el número.

Pero esta ventaja que conservaba España sobre los otros paises europeos, se pierde en la primera mitad del siglo XV; el tempera-

mento sobradamente poético de don Juan II, y la incapacidad militar —la más grave de sus incapacidades—de Enrique IV, sobrevenían precisamente cuando se aventajaban la organización y la táctica de la infantería suiza, y las artillerías francesa y alemana empezaban a tomar una delantera nada desdeñable sobre la artillería española.

De otra parte, la infantería que en otro tiempo había constituído el nervio de las batallas, había cedido tiempo atrás el puesto a la caballería; la cual, tratando de obtener el mayor efecto—de conseguir la mayor fuerza viva—procuró conservar la mayor velocidad en la caballería ligera, ó *jinetes* ó bien jugar con la mayor masa que procuraba la caballería pesada, los *hombres de armas*.

Pero ya en Courtray (1302), en Crecy (1346), en Poitiers (1356) y en Azincourt (1415), los arqueros ingleses daban buena cuenta de los hombres de armas franceses; en Grandson (1411) donde buena parte de los infantes suizos aparecen armados con culebrinas de 25 a 28 libras, y en Morat (1476) donde casi un tercio de los que combaten a pié van armados con *escopetas*, presentan los demás una formación espesa y cerrada, a modo de erizo de picas, constituyendo un cuadro compacto de veinte filas y veinte hileras, contra el que se estrella en derrota la caballería de Carlos *el Temerario*. A imitación de los suizos, organizaron entonces los alemanes una infantería de lanzas (lanz-knécht), los *lansquenetes* que adquirieron muy sólida reputación. Pero el empleo combinado del cañón, la ballesta y las armas de fuego portátiles iban a consolidar la revancha del infante.

En este tiempo, conviene no olvidarlo, los Estados italianos utilizaban los servicios de los *codottieri*, verdaderos contratistas de tropas, que combatían por quien les pagaba; su conveniencia era economizar su capital—sus hombres—; y la flojedad que de aquí nacía veíase acentuada por las inteligencias que entre los que peleaban en uno o en otro bando se establecían rápidamente. Por eso su fuerza principal venía a ser la caballería muy pesada, con objeto de asegurar su conservación. Su infantería era, por eso mismo, mas bien deleznable.

Al advenimiento de los Reyes Católicos los españoles conservaban aún los viejos modos. Establecido un orden de combate inicial, en *haz*, en *muela*, en *cúneo*, en *cerca*, o quizá en *tropel*, como indica la ley XVI de la Partida Segunda, la coordinación de los esfuerzos de estos nucleos tan pesados—la dirección del combate—era

completamente imposible. Fuera de aquel orden la iniciativa individual tenía ancho campo de acción, y durante mucho tiempo los retos, desafíos y combates singulares dieron tema a los relatos de los cronistas, y en torno a ellos se anudaron no pocas acciones bélicas.

Por eso mientras aquella suerte de instrucción individual cobraba tanta importancia que encontramos, nombrado por el Rey Católico, a mosén Pablo de Peralta *Maestro de esgrima y examinador mayor de los Reinos de Aragón, Valencia, Principado de Cataluña y Condado de Rosellón y Cerdeña, (1)*, la instrucción de la masa de combatientes carecía de exigencias y se reducía a muy breves reglas: la norma se la daba a cada uno su propio instinto; y de las órdenes que recibía nada da idea tan cabal como lo que Alonso Maldonado cuenta del Maestre de Alcántara que *«nunca decia a los suyos sino: haced como me vieredes hacer» (2).*

La guerra de Sucesión que tiene tanto de guerra exterior como de conjunto, bastante descosido, de acciones de policía y de represión de los nobles desmandados, es una larga teoría de asedios y asaltos a plazas fortificadas. Pero las marchas—diríamos estratégicas—como las que realiza personalmente doña Isabel desde León contra la línea de comunicaciones del Rey de Portugal (1475), o la del Alcalde de Castro Nuño haciendo otro tanto contra las de don Fernando que está sobre Toro (1476), tienen una influencia considerable en el conjunto de las operaciones.

A la batalla campal se llega pocas veces; y cuando ocurre, aparecen, como en Toro (1476), los dos ejércitos organizados, el de Castilla por «escuadras» o «batallas» formadas por gente de los diferentes señores, «fidalgos contínos del palacio real», gente de armas de Galicia, Salamanca, Zamora, Ciudad Rodrigo, Medina, Valladolid y Olmedo, así como abundante peonaje, pero ninguna artillería (3); el Portugués tiene sus elementos más concentrados y lleva alguna artillería en uno de los flancos. El problema entonces, cuando ello ocurre, es llegar cuanto antes al choque cuerpo a cuerpo, y todo es cuestión de coraje porque apenas cabe ninguna acción combinada, sino es la de marchar con orden sin descompo-

(1) Arch. Cor. Aragón, 3.924; fol. 63

(2) Alonso Maldonado.—«Hechos del Maestre de Alcántara don Alvaro de Monroy.—Madrid, 1.935; página 24.

(3) Bib. Aut. Esp. Tomo LXX, pág. 293.

ner el despliegue inicial. Si acaso, se ven, en la retirada de las *batallas* portuguesas, protegiendo su paso por el puente de Toro, «sus cerbatanas e sus espingarderos» (1) para cuya inmediata defensa había traído el Principe portugués *mantas* fuertes, que es de creer que se quedaron en el campo.

Un estudio del asedio puesto por los castellanos fieles a doña Isabel al castillo de Burgos—que tiene Juan de Stúñiga, por el duque de Arévalo, a favor de la facción portuguesa—valdría para conocer en todos los detalles los recursos de que el arte militar dispone entonces para la realización de operaciones de esta especie, que son las más frecuentes: la preparación de *estanzas* constituyendo propiamente una línea de circunvalación; la construcción de *cavas y baluartes*; la operación de *plantar la artillería;* el *bombardeo continuo*; las *minas* preparadas al amparo de las máquinas tectorias; y cuando llega el caso—lo que no sucede en Burgos—*el asalto* (2).

Ocurre en el reinado de don Fernando y doña Isabel, como—acertando esta vez—señalaba Ortega, que «de pronto las gentes comienzan a servir para aquello que se les encomienda» (3).

Exactamente esto es lo que va a suceder con las cosas militares.

Las guerras de Granada, dando lugar a la introducción de novedades importantes en el empleo de las armas, hacen ganar a las españolas parte del retraso en que estaban con relación a las de otros pueblos europeos.

Todavía son demasiado heterogéneas las fuerzas castellano-aragonesas que acuden al combate: milicias feudales, tropas alistadas por los monarcas, reunidas por las ciudades, u organizadas con arreglo a las ordenazas de la Hermandad. Aún gozan de cierta popularidad las *algaras* y *cavalgadas* en tierras de moros que eran expediciones de saqueo o de castigo. Y son frecuentes los combates singulares, en cuya circunstanciada descripción se complace tantas veces Ginés Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada,* como en la de aquel de don Manuel Ponce de León y el moro Malique Alabez, en el que hasta los caballos —según cuenta— tomaban parte, llevando el del «moro la mejor: que mordía más cruelmente porque

(1) Relación del Bachiller Palma, cap. XIV.

(2) Pulgar.—2.ª parte; caps. XXVII, XXXIII y XXXV' (Bib. Aut. Esp. Tomo LXX).

(3) Ortega y Gasset (José), O. C., VI, 493.

su amo le tenía enseñado a aquello» (1). Era sin duda consecuencia de aquella costumbre de enviarse los caballeros y escuderos por cualquier futesa un cartel de desafío, «mala usanza frecuente agora» como decían los Reyes al condenarla en el Ordenamiento de las Cortes de Toledo de 1.480 (2).

Todavía el orden de marcha y el de combate se adaptan más a preocupaciones de otro orden que a principios de carácter militar. Para ir, por ejemplo, al socorro de Alhama (1.482) «todos determinaron que, porque don Alonso de Aguilar era más vecino de aquella comarca, e tenía adalides que mejor lo podían saber que otros, que llevase la delantera e que todos los otros *en sus batallas ordenadas fuesen como convenía a sus estados e honores*» (3).

Pero pronto las operaciones van a responder a más eficaces exigencias. Las talas, que se empiezan a realizar sistemáticamente, constituyen un a modo de bloqueo. Dos anuales—una en la primavera y otra en el otoño—arrasaban granjas, sembrados, olivares y viñas, destruyendo así, de un modo sistemático, en más de dos leguas a cada lado del eje de marcha, todos los recursos vitales del enemigo. Era una operación costosa, pues exigía disponer de millares de taladores, y, si la tala no podía ser total, resultaba, a la postre, poco eficaz.

Por eso, parece que en muchas ocasiones se consideró más expeditivo apoderarse a viva fuerza de las ciudades que eran los verdaderos reductos del enemigo; pero situadas, por lo general, en alcores o roquedales, rodeadas de murallas bastante sólidas para resistir a las máquinas de guerra usadas hasta entonces, y exigiendo los viejos métodos que la poliorcetica ofrecía, un tiempo del que no podía disponerse por lo común, se hacía necesario un medio que permitiera reducirlo a plazos aceptables; y esto fué lo que determinó a los Reyes Católicos a fomentar la construcción de piezas de artillería y a emplearlas después con una inteligente prodigalidad hasta entonces desusada. Cuando no hay bastantes se construyen apresuradamente más (4); cuando no han llegado a tiempo se aguarda a que se haya reunido el suficiente número para dar comienzo a la

(1) Ginés P. de Hita.-1.ª parte; pág. 73.

(2) Vallecillo.-Legislación Militar, VI, 48.

(3) Historia del Marqués de Cádiz, Codoin, XVI, 205.

(4) Bernáldez, cap. LVIII. (Bib. Aut. Esp. Tomo LXX).

operación proyectada (1); si no hay caminos se construyen, aún a costa de los mayores esfuerzos (2): la artillería es el arma capital en las guerras de Granada.

Su mismo empleo es el que exige adoptar disposiciones nuevas para las marchas y para el servicio durante las operaciones de cerco: para proteger el valioso convoy de artillería se constituyen fuertes vanguardias y tantas veces se ve confiado su mando al marqués de Cádiz que bien se entiende la importancia que don Fernando atribuía al hecho de que fuera un jefe de condiciones excepcionales quien tuviera el encargo. Y ya *plantada la artillería* se necesitaba destinar a su guarda un contingente respetable de «gente de pelea» (3) y para asegurar su servicio era preciso que cada *tiro* estuviese al cuidado de un hombre (4) *de un jefe de pieza* que se diría hoy.

En cuanto al juicioso empleo que del arma se hizo, utilizando con discreción suma las cualidades balísticas de cada material para la realización de misiones adecuadas a cada uno (5) podría decirse bastante, pero no es del caso.

La fortificación y la castramentación hacen sensibles progresos; la descripción del real de Santa Fé que hace Pérez de Hita es un antecedente de los campamentos fortificados que aparecerán después en el tratado de *Re militari:* el empleo de *cuartagos* o *cortaos* en Málaga es un anticipo del uso de las minas de pólvora.

Y es más que probable que algo habrían de aprender aquellos atrevidos guerreros del orden y de la pericia de los infantes suizos, de la agilidad y destreza de los arqueros ingleses de Lord Scales, y de la maestría técnica de los bombarderos flamencos, alemanes y franceses que vinieron a estas guerras con aire de Cruzada.

La duración de las guerras de Granada dió lugar a una sólida formación militar de las gentes de estas tierras, que cuando acudían a la hueste eran ya, en realidad, veteranas.

Pero es en Italia donde con aquella materia impar, se forjó el más acabado instrumento guerrero.

---

(1) Pulgar.-3.ª parte, cap. LXXVI (Bib. Aut. Esp. Tomo LXX).

(2) Pulgar, cap. LI (Bib. Aut Esp. Tomo LXX).

(3) Pulgar.-3.ª parte; cap. LXXV (Bib. Aut. Esp. Tomo LXX).

(4) Pulgar -3.ª parte, cap. XLI (Bib. Aut. Esp. Tomo LXX).

(5) Ver, por ejemplo, Pulgar, 3ª parte, cap. XLIV (Bib. Aut Esp. Tomo LXX).

No estamos aquí para repetir la vieja sabida historia que relata las inquietudes de los pequeños Estados italianos, la avidez de Carlos VIII de Francia que «*sin plantar una tienda ni romper una lanza*» recorrerá media Italia, y en las malas fortunas de *Ferrante* y *del Guercho*, desdichados reyes napolitanos; ni para recordar cómo se organizó la *Liga Santa*, ni siquiera que para mandar las tropas españolas de la *Liga*, fué designado por nuestros Señores los Reyes de Castilla y de Aragón, de León y de Sicilia, un cordobés de buena casa.

Importa ahora más el hecho de que con los 1.500 infantes y los 600 caballos salidos de España, reforzados a lo último con otros tantos de la expedición que conducía Puertocarrero, un Capitán pudiera expulsar de Italia al lucido y numeroso ejército francés. Importa sobre todo porque ello argulle un género de superioridad que no es ni más ni menos que la consecuencia inmediata de una concepción nueva del arte de la guerra.

Al principio, el Capitán, digamos Gonzalo de Córdoba, sigue el mismo sistema de guerra empleado durante las campañas andaluzas: utilización preferente de la caballería ligera, conservando la pesada como reserva; empleo de la infantería para los asaltos a ciudades muradas; sorpresas; ataques nocturnos; golpes de mano y represalias.

Por su parte Carlos VIII, que llevaba su caballería pesada organizada en quince compañías de cien hombres de armas (gens d'armes, gendarmes,) le prestaba tambien más atención a esta y a la ligera, que a la infantería cuyo reclutamiento no justificaba, como Maquievelo apunta, que se le concediese demasiado valor. Llevaba, en cambio, dice la *Crónica manuscrita*, cien tiros de artillería, cañones, culebrinas, basiliscos, gerilfaltes, supinos, y «otros nombres muy inusitados» que «hasta allí eran poco sabidos» (1).

No fueron, sin embargo, esta fuerte dotación y la carencia de artillería de Gonzalo de Córdoba (2), las determinantes del fracaso de Seminara (21-VI-1.495)—el único en la carrera de triunfos del Capitán— sino la imprudencia un poco petulante de Ferrantino —el rey Fernando II de Nápoles— que, en la ocasión, ejercía el mando supremo, y que aun debió entonces la limitación del daño al arrojo conque Gonzalo, al frente de mil infantes y cuatrocientos caballos españoles, cubrió la retirada de los napolitanos.

(1) R. Villa; páginas 268, 271.

(2) Cfr. R. Villa; páginas 30, 31, 33 y 40.

Mientras que estos se dirigían a Nápoles, Gonzalo con los suyos se retira a Regio en las últimas estribaciones del Apenio desde donde da comienzo a la campaña de Calabria, modelo de método y de cordura, durante la que, avanzando cada día hasta ocupar en lo que queda de año toda la Calabria inferior, aprende a conocer los métodos de combate del enemigo, y estudia las variaciones que en la organización, en el armamento y en la táctica era preciso introducir para vencerle.

Fué Gonzalo de Córdoba quien adivinó la ventaja que una infantería bien armada y maniobrera podía alcanzar sobre la caballería pesada, y quien concedió la importancia que tenía a la caballería ligera para las misiones de exploración, de cobertura y de explotación del éxito.

Para aguerrir a sus tropas, adiestrándolas en los nuevos modos, emprendió aquellas conocidas acciones por sorpresa, de corto alcance pero reiteradas, con marchas y contramarchas que permitían rehuir los grandes combates, y conquistar puntos de apoyo como Santa Agata, Seminara, antes perdido, hasta Nicastro, y más tarde Sibaris y Castrovilari.

Para defenderlas contra el fuego de la artillería del adversario adoptó un orden de combate que ofreciendo escaso blanco a los proyectiles disminuyese su estrago.

Para hacer frente a una infantería de tanto renombre como la suiza, creó otra infantería fortísima. La pica o lanza suiza —que usaron ya para vencer en Atella— alternando con la espada corta y el escudo ligero, había venido a ser el armamento de una tercera parte de la infantería española, el resto de la cual estaba dotada de una fuerte proporción de arcabuces.

Es en esta campaña de Calabria donde el ejercicio del desafío y de la esgrima ceden el campo a la táctica, donde la instrucción y la movilidad consiguen la ventaja sobre la superioridad numérica; donde la preparación minuciosa de las operaciones acaba de desterrar la improvisación del choque elemental de hombre contra hombre y de escuadrón contra escuadrón, donde por primera vez se ve emplear una fuerza reducida concentrando todos sus recursos para aplicarlos en el punto preciso en que puedan tener una superioridad local.

Lo que ocurrió, ya se sabe: fué victoria la de Atella (14-VII-1496), y el asalto de Ostia con la prisión de aquel corsario desesperado y feroz, Menaldo Guerri, que se permitió bravuconear a Gonzalo.

—«Decidle— —contestaba a los que en su nombre le intimaban a la rendición— —decidle que se acuerde de que todos somos españoles, y que no lo ha con franceces, sino con español y no castellano, sino vizcaino». (1)

Y tras la brillante recepción en la corte pontificia y las agridulces cortesías del Santo Padre, por bien compensado debió darse el segundón de la Casa de Aguilar aquella tarde que llegando al palacio zaragozano de Aljafería oyó, como en un sueño de gloria, la voz amablemente grave de la Reina de Castilla:

—¡Vos seais muy bien venido, mi Gran Capitán! (2)

Quizá nadie ha sabido tan bien como un diplomático español y paciente historiador, José M ª Doussinague, construir una teoría del reinado de los Reyes Católicos.

Ajustándose a su marco, correspondía al término de la empresa italiana reanudar la guerra contra los infieles empezando por el continente africano. Luego vendría el ir a buscar al turco en sus propias bases; esta empresa le fué también encomendada al Gran Capitán.

Solo que cierto número de implicaciones políticas, demasiado conocidas para que sea preciso recordarlas, hicieron que, tras la toma de Cefalonia—con inusitadas resonancias europeas—volviera a encontrarse Gonzalo de Córdoba en el propio teatro de sus anteriores hazañas. Sería, más que ocioso, cansado, examinar aquí al por menor las acciones de esta segunda campaña de Italia, que casi comienza por la que pudo parecer fabulosa empresa de Tarento, en la que Gonzalo hace gala de sus cualidades maravillosamente equilibradas para el mando, lo mismo en la preparación de las tropas—en su adiestramiento y en su gobierno, en el premio y en la represión—que al conducirlas al combate.

Las fuerzas con que contaba el Gran Capitán para la empresa no eran muy numerosas. Los Reyes, en la carta en que le nombraban general de la armada que se estaba preparando, le anuncian, en mayo de 1.500, que llevaría a sus órdenes «trescientos ginetes de nuestras guardas y cuatro mil peones» (3). Bernaldez, que suele puntualizar mucho, asegura que llevaba 300 hombres de armas, 300 jinetes, 4.000 peones de tierra y 4.000 hombres para la mar (4). Un docu-

(1) R. Villa. pág. 299.
(2) R. Villa. pág. 299.
(3) Vallecillo. «Legislación militar». VI-335.
(4) Bernaldez, pág. 698 (Bib. Aut. Esp. Tomo LXX).

mento de Simancas nos informa de que toda la artillería que sacaba de España eran 6 cañones pedreros y ocho ribadaquines-mosquetes (1). En todo caso, la desproporción con los 10 500 hombres, con que contaban los franceses, era considerable.

Por fuerza tenía Gonzalo, si aspiraba a conseguir un éxito, que esperar la ocasión propicia; por eso se recoge a Barletta con objeto de asegurar su libertad de acción, conservar sus efectivos, sostener su moral y estar en condiciones de recibir refuerzos por el Mediterráneo, en el que mantenía España la superioridad. No lo hizo sin brindar a los cortesanos murmuradores y celosos, ocasión para una crítica que hubiera podido ser muy dañosa para la suerte de los negocios en Italia, si doña Isabel no se hubiera constituido en valedora y garantía de las decisiones del Capitán. La defensiva activa a que se consagra desde Barletta, solo dura lo que tarda Nemours en cometer su primera imprudencia llevando a la caballería francesa a estrellarse ante el hábil e insospechado despliegue de la infantería española,

Ruvo (23-II-1.503) fué el premio; y aquella hora—remediada parcialmente, con dos mil lansquenetes la inferioridad numérica (2), y adquirida con las afortunadas acciones una superioridad moral evidente—la de pasar a la ofensiva.

Ceriñola vale por un epítome de arte militar, cuyos capítulos pudieran ser: la gracia de llevar al enemigo al terreno elegido agudamente; el arte de aprovechar sus condiciones y de mejorarlas con el trabajo, la ordenación de un despliegue apretado y flexible, el mantenimiento en reserva de la caballería pesada, la serenidad y disciplina para soportar el primer ataque; el golpe de vista para descubrir la ocasión oportuna en la desdichada marcha de flanco intentada por Nemours y la audacia para jugárselo todo en el momento preciso. El resultado fué una victoria en la que al consagrarse la superioridad de la infantería sobre la caballería de la época, apareció en el escenario del mundo la fuerza que durante dos siglos iba a dominar en los campos de batalla de Europa: la infantería española

---

(1) Arch. Simancas. Contadurías. 1.ª época; núm. 619.

(2) Bernaldez (pág. 705) afirma que tenía entonces de nómina 2.000 *alemanes*, 5.500 *soldados de a pie*, 700 *hombres de armas*, 200 *arqueros* y 150 *escopeteros*.

La del Garellano es la misma lección; quizá con algunos escolios más; porque dándose cuenta el duque de Terranova, más que nunca en esta ocasión sobresaliente Capitán, de la difícil situación que le había creado el enemigo, resolvió cerrarle el paso a Nápoles en una posición ventajosa en tanto que circunstancias más favorables le consintieran destruirlo. Realiza la concentración de sus fuerzas con hábiles movimientos por líneas interiores; ocupa un breve lapso de tiempo en operaciones de defensa activa; sigue el movimiento del enemigo describiendo una curva de menor radio; y cuando ha tenido en su mano la llave del sistema que va a permitirle forzar el paso del río, es decir, San Germán apoyado por su derecha en Rocasecca y en Montecasino--ejemplo este último de la medida en que a través de los tiempos el terreno manda (1)— y por su izquierda en Roca Evandría, espera el Gran Capitán a contar con los elementos que ha de aportarle Bartolomé de Alviano con los que reune 12.000 hombres para hacer frente a los 31.000 del enemigo, y se lanza entonces a la operación sin escatimar esfuerzos.

A lo último, un amplio movimiento envolvente de la posición francesa combinado con un ataque frontal, obliga a los defensores a abandonarla. La explotación táctica del éxito es un modelo; y la situación del marqués de Saluzzo que mandaba las fuerzas enemigas, moniobradas habilmente por los dos flancos, todavía puede servir de ejemplo de desgracias militares. Cuando, como era ya inevitable, caen los castillos de Nápoles y capitula Gaeta, se ha consumado «la célebre victoria del Garellano rota que —como escribió Quintana— costó a los franceses cerca de 8.000 hombres, todo su bagaje, la artillería mejor de Europa y la pérdida irreparable de un hermoso reino».

Para entonces ya habían establecido los Reyes en España las Guardas Viejas (2-V-1.493), dado normas para un alistamiento general (1.496) que era un anticipo de las leyes de reclutamiento y una suerte de servicio militar obligatorio. Unos años después (1.504) atendiendo a las sugestiones de Gonzalo de Ayora que había viajado por Italia, Francia y Alemania, se estableció un cuerpo militar con título de Guarda, del que el propio promotor fué nombrado

(1) Destruído el monasterio por los lombardos en el siglo VI, y por los sarracenos en el XI, tuvo que ser batido en octubre de 1.503 por la artillería del Gran Capitán. (Cr. ms. R. Villa, pág. 395). Cuatro siglos y medio después quedaba arrasado por la artillería y la aviación norteamericanas.

capitán. Pero ni en una ni en otra medida se puede ver tan bien el origen del ejército permanente como en la suerte de profesionalismo a que dieron lugar la duración de estas guerras exteriores y las exigencias de una técnica impuesta por los nuevos métodos de combate.

El año 1.536 se publicó un *tratado de re militari* debido a la pluma de Diego Salazar que, a las órdenes del Gran Capitán, había combatido en Italia; estaba, según reza la portada, compuesto «a manera de diálogo que pasó entre los ilustrísimos señores don Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado el Gran Capitán, duque de Sessa, y don Pedro Manrique de Lara, duque de Nájera».

Quizá no sea descaminado aceptar el cuadro que presenta, como exposición de las enseñanzas obtenidas de aquella insuperable escuela de guerra que fueron las dos campañas de Italia; porque aunque esté comprobado que en muchas partes es traducción fiel —y correcta; digamoslo todo— del «*Arte della guerra*» de Maquiavelo, también es sabido que la ciencia militar del florentino, no venía de otra fuente que del conocimiento del arte y de los hechos del capitán cordobés.

El cuadro es acabado: la organización (de capitanías a escuadrones o coronelías), la constitución de mandos subalternos, el armamento, las formaciones fundamentales, las evoluciones, los órdenes de marcha, los ejercicios de educación física, la constitución de reservas, el orden de batalla, la proporción de artillería necesaria, la necesidad de los gastadores, las obras de fortificación, todo aparece tratado con lucidez y detenimiento. Y hasta porque nada falte pone Salazar en boca del Gran Capitán muy curiosos razonamientos que habían de servir de norma para lo que hoy llamaríamos análisis de los factores de la decisión.

Por haber puesto en práctica, lo que luego Maquiavelo y Salazar pusieron en prosa, fué llamado Gonzalo de Córdoba *El Gran Capitán.* Pero es bueno decir que si pudo hacer tales cosas fué precisamente porque era un capitán sin tacha.

Un gran capitán, un capitán excelente, es, esencialmente, el sujeto de una copia abundante de acciones virtuosas que se han enumerado muchas veces pero que acaso no sea inútil volver a considerar y ofrecerlas a la meditación.

Ocurre, sin embargo, que esta coyuntura de una conmemoración resulta extremadamente embarazosa para quien viene a hallarse en el apretado trance en que yo me encuentro.

Porque no hay quien no conozca de coro la historia que se celebra y las historias que la cuentan; y quien, como yo, carece de dotes para la investigación, de sosiego para tal labor, y de tiempo para dedicárselo, siente cierto temor de empezar a marchar por caminos demasiado transitados, cuyo recorrido sea para quienes han de acompañarle enojoso y aburrido.

Pero no quisiera dejar de decir, por lo menos, algo que visteis esta mañana de quien con más fundamento que nadie podía deciroslo; y es que en Gonzalo de Córdoba se confirma aquel agudo decir, con apariencia levemente paradógica, de que «el genio es una larga paciencia».

El genio de la guerra se consagra Gran Capitán a los 43 años. Son 43 años dedicados al aprendizaje del oficio, antes de que sobre el sujeto del oficio bien sabido, se pose perceptiblemente el carisma del arte.

Bien nacido, pero no heredado, el segundón de la Casa de Aguilar, recibió si muy escasa formación literaria, una sólida educación militar, a cargo de Diego de Cárcamo, que hizo de él un «buen jinete y habilísimo justador». A los trece años estaba en la corte del *rey nuevo*—el infante don Alfonso—en calidad de paje; poco después moría don Alfonso sin haber cumplido los quince.

Antes, habían conocido sus años infantiles algunos trabajos bélicos a cuenta de las diferencias entre la Casa de Aguilar y la del Conde de Cabra; y tras de las jornadas cortesanas volvió de nuevo al campo, esta vez ya al servicio de los Reyes, contra el de Portugal, y al mando de 120 caballos de don Alonso su hermano.

De sus andanzas, aventuras, gallardías y eficaces servicios en las guerras de Granada, dejó una crónica, transida de tierna devoción y encendida de elogios, el que fué su émulo Hernán Pérez del Pulgar, *el de las Hazañas*.

En el curso de estos años de aprendizaje ya se habían revelado en el capitán las virtudes esenciales que habían de ilustrar su paradigmática existencia.

En el proceso vital de un hombre, las virtudes, que son la proyección de su alma hacia Dios, vienen a ser las cumbres que lo jalonan. No vamos a seguir ahora todos los caminos que la escalan; procuremos siquiera alcanzar una, y dirigir desde ella, sin demasiada morosidad, una mirada en torno.

Se ha admitido la probabilidad de que en sus años mozos una crisis espiritual hubiera suscitado en él una inclinación a tomar el

hábito de San Jerónimo No es inverosimil; pero tampoco creo que tenga la especie ningún fundamento serio.

Lo que sí puede darse como cierto, es la constancia de su vida piadosa «Era tanta la limpieza de su persona y vivir— dice Pulgar— que raros eran los días que no oía misa en la iglesia, y cuando estaba en el campo no salía de su tienda o estanza hasta haberla oido, sin que se lo estorbase ninguna nueva de placer, ni de peligro que le sobreviniese».

Casi a lo último de su vida, cuando marcha desde Loja, como peregrino, a Santiago de Compostela, cruza España, casi de punta a punta, con el romance vivo de los soldados y el capitán de Italia, la espada ardiente de una acerada fe.

Pienso, de todos modos, que Pulgar se hacía el olvidadizo de nuestra historia cuando aseguraba que había sido Gonzalo «el primer capitán que juntó la disciplina militar con la piedad cristiana». Pero está, probablemente, muy en lo cierto al afirmar que «con santas y católicas costumbres, principalmente con la castidad que siempre guardó al yugo del matrimonio, Dios Nuestro Señor le ayudó a vencer y permitió que jamás fuera herido aunque era el que más se ponía a los peligros».

La *Crónica manuscrita* dice tambien en muy merecido elogio que «fué muy casto y guardó la fidelidad que al matrimonio se debe guardar, aun ofreciéndosele muchas veces, muchas y grandes ocasiones».

Un profesor ilustre de la Ciencia de la Cultura, de cuya docencia oficial hay que esperar tanto, ha insinuado la existencia de una corriente de apasionado sentir entre la Reina y el Capitán, apoyado, quizá, en un supuesto desvío —asco dice el profesor— de la Reina hacia el Rey (1). En honor de la Reina, en honor de Gonzalo de Córdoba, y tambien en honor de la Cultura, debe decirse que no se halla en las crónicas de su tiempo noticia que permita justificar afirmación semejante; antes bien, en Pulgar, en Bernáldez, en Marinero Siculo, en Castiglione, o en los cronistas del Gran Capitán, puede encontrar, quien quiera hacerlo, testimonios que invalidan de un modo radical aquel supuesto.

En su fe cristiana y en su esencial piedad radica, sin duda, la vena inagotable de su valor personal.

---

(1) Eugenio D'Ors.—«Epos. de los destinos», Madrid 1933; págs. 309, 347, 381, 384, 388.

Desde la batalla de la Albuera a las hazañas de la guerra contra los moros, es el valor personal el que abre camino a su fama; valor reflexivo y sereno porque «jamás el miedo le turbaba el seso para el consejo, ni el esfuerzo se le enflaquecía para pelear con los enemigos».

Vuelto ya de Italia con un sobrenombre glorioso, la rebelión de los moriscos viene a ofrecer nueva ocasion a su ejercicio.

«*Ondas navegan de plata*» (1) las murallas de Huejar, a las que Gonzalo, capitán de la hueste, trepa el primero a *escala vista* (1.499). Ahora, como enseguida en Cefalonia, y despues en Ceriñola o en el Garellano, ya no es por ganar gloria, que harta tiene, sino porque sabe muy bien que, en las ocasiones, sólo verlo «era causa de que muchos hiciesen más de lo que sus fuerzas y ánimo bastaban».

Eran inagotables los del Gran Capitán; era, a lo que dice Fernández de Oviedo «el hombre desta vida que menos dormía, y el que más de voluntad velaba e trabajó siempre; y así los que en su exército le seguían imitándole, eran para más que otros hombres, y por tal costumbre y uso de las armas menos temian la muerte (2).

Ningún encarecimiento de su fortaleza física parece tan extremado como este que hace el anónimo autor de la *Crónica manuscrita* cuando al relatar la aguda enfermedad que en Nápoles puso en peligro grave su vida, cuenta cómo en aquella ocasión y por la solicitud del mismo Papa y de los príncipes y señores de Italia se reunió en torno a su lecho «un ayuntamiento de médicos —dice— que bastaban para matar a un hombre de acero» (3).

Pero ni su fortaleza, ni su coraje se ejercitaban ciegamente aun cuando en alguna ocasión, quizá por parecerle excesivo el riesgo en que se ponía y por no haber percibido la intención y el motivo que determinaban su conducta, alguno de sus panegiristas, escribiera que andaba mezclado en la pelea «sin consultar con la razón» (4)

Era el Capitán prudente y no inconsideradamente aventurado; y era todo firmeza cuando adoptaba una resolución.

La desafortunada salida de Seminara, por ejemplo, fué ocasión para el ejercicio de ambas virtudes: prudencia para desaconsejar, al

(1) Calderón; cit. por Prescott, «Historia del Recuerdo de los Reyes Católicos», parte 2.ª cap. VII.

(2) Rodríguez Villa —Crónicas; pág. LXII.

(3) id. id. pág. 426.

(4) Rodríguez Villa.—Cr ms. pág. 313.

inexperto Ferrantino, el ataque; y firmeza para sostener la retirada, escasa de moderación y más de elegancia, de los napolitanos, consiguiendo replegar con orden la totalidad casi de su caballería.

Prudencia al iniciar la segunda campaña de Italia con la invernada de Barletta en espera de que la supremacía absoluta (1) de la escuadra española en el mar, le permitiese disponer de los recursos precisos para derrotar al enemigo; firmeza, también, para sostener su decisión, criticada tan ásperamente, en la Corte, que hasta la misma Reina que la apoya resueltamente, parece algunas veces impresionada por las censuras.

Firme en su propósito cuando trazado su plan de batalla sobre el Garellano (1.504), el tiempo, la insalubridad de las posiciones ocupadas, la falta de víveres, el retraso de las pagas, y la superioridad numérica del enemigo, hacen menudear las sugestivas invitaciones a abandonar el campo. Prudente cuando alcanzada la victoria renuncia a la tentación de destruir totalmente al enemigo, y extrema la generosidad con él, porque comprende sagazmente que le urge liquidar con rapidez el episodio antes de que la presencia de las tropas que el Papa Julio II preparaba para ayudar a los franceses hubiera podido levantar su moral y disuadirles de volverse a su pais.

Probablemente no podía tomarse en este caso la conducta del belicioso Pontífice como paradigma de lealtad. No era esta, por cierto, virtud específicamente renacentista. Y, sin duda, para tratar de hacer bueno aquel decir de «entren todos y salga lo que pueda» se ha discutido larga y tenazmente la del Gran Capitán.

No hará falta que afirme que tengo el corazón con los que le han defendido contra la acusación de infidencia. Pero también la cabeza; quiero decir que en la discusión acerca de la conducta observada por Gonzalo con el Duque de Calabria, primero, y con Cesar Borgia, después, me parece absolutamente perfecto el razonamiento con que los datos de que disponemos permiten disputar por absolutamente correcta la conducta del primero.

Lo que no se puede considerar como virtud, sino como adehala que Dios otorga a los hombres en la medida que a sus designios conviene—pero que es, de siempre, y en todas partes reputada como prenda estimadísima del que ha de mandar—es la fortuna.

Es demasiado visible la que acompañó al Gran Capitán en sus campañas, para que sea preciso detenerse a recordarla.

---

(1) Doussinague, pág. 506.

Pero quizá sea curioso observar cómo ella se encargaba de ordenar los sucesos en el camino de su gloria.

Yo mismo he señalado hace poco como uno de sus aciertos tácticos la elección del campo de batalla de Ceriñola. Sin embargo, el razonamiento que la *Crónica manuscrita* pone en boca de Gonzalo para ilustrar a sus capitanes acerca de su decisión de caminar hacia aquella plaza y no hacia el campo francés, hace pensar que, en aquel momento en que el archiduque don Felipe acababa de firmar el tratado de Lyón, y le enviaba instrucciones para suspender las operaciones, en contraposición con las que Gonzalo tenía recibidas de sus suegros los Reyes Católicos, acaso veía el Capitán en la resolución adoptada un arbitrio para no desobedecer ni a sus Reyes, ni al que, si Dios no lo remediaba, llegaría a serlo cuando ellos faltasen; porque marchando con su campo—como él decía—nuestro camino derechos, si ellos, los franceses, nos acometiesen, en nuestra defensa, de ley divina, y humana somos obligados a nos defender. Con lo que, aliadas la prudencia con la fortuna, le ofrecieron tal día que ayer hizo cuatro siglos y medio, el triunfo sonadísimo de Ceriñola.

Quizá porque la fortuna le sonreía pudo hacer gala siempre de desinterés y aún de prodigalidad. O acaso fué por su propia condición y por la complicidad del sol de Andalucía y la vecindad de las cortes musulmanas

Y así, cuando, niño aún, llega a la del *rey nuevo,* responde altivamente al que inquiere sus pretensiones:

—«Yo, señor maestresala, soy venido aquí, no por respecto de interés, sino por la esperanza de servir a Su Alteza, cuyas manos beso».

De su desinterés hablan no pocos rasgos de su vida; baste aquí el de la ocasión en que sus soldados entran a saco los castillos de Nápoles (12-IV-1.503). Y es bueno recordar que el reparto del botín era legítimo derecho de los vencedores, y su modo y cuantía estaba previsto ya en el Título VII del Libro II del *Espéculo.* Pues bien, como algunos soldados menos diligentes o más desafortunados quedaron descontentos de su suerte, el Capitán les autoriza para dar saco a su propia casa; y tan a conciencia lo hicieron que hasta cama para dormir aquella noche tuvo que buscarse.

Relacionado íntimamente con la fama de su prodigalidad y con la gracia de su desinterés está el episodio de las famosas cuentas, que Rodríguez Villa da por cierto en sus rasgos esenciales, y no fué

sino una reacción de humor—y malhumor—del Capitán, harto de las pesquisas e investigaciones que los tesoreros reales andaban (1.506) haciendo en sus gastos y cuentas sino por orden, con consentimiento, del Rey.

Se ha dicho—y no hace mucho—que Gonzalo fué el capitán mejor pagado de su tiempo; antes había supuesto don Antonio Cánovas que quizá el «Gran Capitán trabajaba muy caro para su época» (1). No es amable el concepto; ni elegante; no parece tampoco exacto. Es cierto que Ferrantino, el napolitano, le había concedido en prueba de gratitud por sus trabajos, el gobierno y la jurisdicción de varias ciudades de su reino; cierto también que su tío y sucesor don Fadrique se mostró tan generosamente agradecido, que al volver de Italia en 1.498 dejaba allí el Capitán lo que aquí no tenía: tierras, vasallos, rentas y una corona ducal.

Pero no es menos cierto que de estos bienes que eran legítima propiedad suya él gratificó, como era uso en los señores particulares, y por cierto sin mezquindad, a sus capitanes

Y no hay que olvidar tampoco que, cuando en obediencia a sus Reyes, va a hacer efectivo el tratado de Granada (11-XI-1.500) por el que repartían entre los Reyes de España y de Francia el reino de Nápoles, lo primero que hace es renunciar a todos los honores, propiedades, rentas y vasallos que don Fadrique le había concedido.

Es fácil imaginar el esfuerzo que al Capitán había de costarle en aquella ocasión la obediencia. Había conocido bien a don Fadrique, estimaba sus condiciones personales, y, por el hecho de haber combatido a su lado y en su provecho, parecíale que sus Reyes consideraban legítimos los títulos del Monarca de Nápoles; y tenía que sorprenderle y contrariarle su decisión.

En realidad la tesis de Doussinague en este punto, que es la misma que sostiene la relación que Rodríquez Villa atribuye al Secretario Pérez de Almazán, es singularmente grata por cuanto presta al reinado de doña Isabel y don Fernando, la unidad de una obra perfecta. Temo, sin embargo, que no sea absolutamente invulnerable a la crítica (2).

Pero volviendo a las cuentas que ahora se le ajustan al Capitán, digamos que por sus servicios durante la guerra de Granada le fue-

(1) R. Villa, pág. XVII.

(2) R. Villa, pag. XXXVII.

ron señalados, como recompensa, 100.000 maravedís de por vida, lo que, a los 39 años no era ciertamente una loca fortuna (1).

Y si al llegar a España en 1.498, los Reyes le conceden vasallos y tierras, amén de la encomienda de Valencia del Ventoso, del Orden de Santiago, todas sus rentas en aquella época, solo alcanzan, según Fernández de Oviedo, a seis mil ducados de renta, harto mermados con las espléndidas donaciones que, con un recto sentido de justicia, hace a sus compañeros de armas peor recompensados.

En 1.503 y 1.504 recibe el Gran Capitán, en Italia, nuevas muestras tangibles de la gratitud de los Reyes. Pero no debía alcanzar para cubrir sus gastos según parece cuando en 1.507 va a regresar por última vez a España.

Era magnánimo el Capitán; era también ostentoso. No eran la modestia su adorno, ni la humildad su virtud. Pero sabía hallar en sí mismo la fuerza precisa para humillarse cuando la ocasión lo pedía, como sabía matar a tiempo deseos que se cruzaban en el camino de su deber.

La oración y la penitencia eran sus instrumentos. El cofrecillo secreto en el que a su muerte encontró doña María Manrique, su mujer, un áspero cilicio y unas disciplinas manchadas de sangre, celaba el misterio de sus preciadas victorias: las ganadas contra sí mismo.

Capitán de tales virtudes y calidades tenía, por fuerza, que dar a su modo de ejercer el mando el toque que deja a una obra ungida por la gracia del arte. Un arte que se denuncia en aquel conocer a sus hombres, y nombrarles en las ocasiones apretadas por sus nombres, como las crónicas repiten más de dos veces; en aquella cortesía singular con que «sabía hacer honra a todos»; y en aquella mezcla de gracejo y gravedad con la que todos «cuanto más le trataban y conversaban, en más lo acataban y servían, cosa a muy pocos concedida» (2); y en el tino para aprovechar todas las coyunturas para

(1) El Veedor y Proveedor General de Artillería. mosén San Martín, tenía (11-II-1.504) 200.000 maravedís de salario anual.

Hernando y Nuño Ramírez, hijos de Francisco Ramírez, capitán de la Artillería, percibían como pensión 130.000 maravedís anuales (28-IX-1.504) (Simancas—Cont. del sueldo; 1.ª serie, n.º 40) A don Antonio Manrique, simple *capitán de gente de armas*, le señalaban doña Juana y don Carlos (26-VII- 1,517) 300.000 maravedís de sueldo al año. (Vallecillo.—Legislación militar. XI/187).

(2) C. R. Villa; página 304.

mantener en forma a sus tropas, y para darles un estilo que, al decir de Zurita, pasado tiempo aún dejaba «atónitos a todos los soldados de las otras naciones y mucho más a los franceses» (1); y también en el cuidado de mantener su moral en medio de las mayores dificultades, alternando las concesiones con las severidades y los escarmientos más duros, para mantener la disciplina.

Con todo lo cual, sin proponérselo como finalidad, se le daba, como añadidura, el respeto de sus subordinados y la confianza inquebrantable en sus recursos; este género de respeto y de confianza de los que viene el amor: el amor—adhesión, entendámonos, no el amor—efusión que entre soldados vale poco.

Y así, cuando tras la desastrada batalla de Ravena, don Fernando, cediendo al clamor de sus aliados, decide llamar al Capitán que se consume en su dorado destierro de Loja, para que vaya a tomar el mando de las tropas de la *Liga Santísima*, «parece—dice Pedro Mártir—que va a salir de España toda su sangre noble y generosa; nada se cree imposible ni aun difícil con semejante capitán; y no hay caballero que no crea una afrenta quedarse en su casa».

Tanto, que eran muy pocos los que acudían al ejército que el Rey preparaba para Navarra.

Así que cuando, por no creerlo ya absolutamente indispensable, decidió disolver el que había reunido el Gran Capitán y relevar a éste de su cargo, todos entendieron que la resolución era hija del desamor del Rey al Capitán, y de tal modo lo expresaron que era imposible que Gonzalo no recibiera también la decisión como una afrenta.

Y con esto llegamos al capítulo de las relaciones, a última hora espinosísimas, entre el Rey y Gonzalo de Córdoba. Harían falta un tiempo que yo no me puedo tomar y una paciencia que no debo pediros, para puntualizar cada uno de los rozamientos, y para analizar sus causas, y su circunstancia.

Pero no sería difícil comprobar documentalmente que, como dice Doussinague, resbalando también sobre el tema, la «conducta del Gran Capitán, fué en aquella ocasión (aludía a la rebeldía del marqués de Priego, su sobrino), como en todas las ocasiones intachable».

Dícese que cuando en 1.506 Julio II solicitó los servicios de Gonzalo para hacerlo «Capitán de la Iglesia», como el monarca negase

(1) Doussinague; «La política internacional de Fernando el Católico»; página 272.

su consentimiento, «quedó el Papa muy enojado del Rey don Fernando, y dijo sobre ello palabras muy ajenas de su profesión» (1).

Es preciso convenir en que si esto pudo no pasar de una habladuría, sí se puede decir en cambio, con entera verdad, que el Rey, en sus relaciones con el Gran Capitán se portó más de una vez con maneras sobradamente «ajenas de su oficio».

Hay que pensar, sin embargo, en que sobre el ánimo de don Fernando pesaban no solo—ni siquiera preponderantemente—sus propios recelos y sus congénitas desconfianzas, sino los celos y las menudas arterías de algunos de sus colaboradores, secretarios, embajadores, y gentes de paz y de intriga.

Tanto, que uno acaba por encontrar atinada la disculpa que para las suspicacias del Rey, para su desconfianza, para su conducta esencialmente injusta y desprovista de piedad, brinda Rodriguez Villa: la del exquisito y quizá excesivo celo que ponía el Rey en la conservación del principio de autoridad, que aunque, como en este caso, lastime la devoción sin límites que tengo para la figura del Capitán, pienso que siempre merece el voluntario y silencioso sacrificio de un hombre de bien

Durante cinco años, Gonzalo vive entre Loja y Granada entregado al cuidado de su casa y hacienda, al mejoramiento de la condición de sus colonos, y a suavizar la suerte de los moriscos vecinos, mientras le llegan incitaciones a la rebeldía, que, sin duda, hubiera acogido su despecho, si no hubiera contado para vencerlo con un sentimiento cristiano, y en cierto modo ascético, del deber.

Al cabo de ellos, nos cuenta Fernández de Oviedo, «murió con gran conocimiento de Dios, recibidos los Sacramentos, e como buen profeso de su Orden militar, tendido en tierra sobre un repostero e vestido el hábito de Santiago; e dexando mucho dolor en toda España».

Todos sabemos de fijo, cuánto debe la gloria que ganaron nuestros Señores los Reyes Católicos, a la cooperación activa del esforzado Gonzalo Fernández de Córdoba. Pero nadie sabrá nunca, y sería buen tema para una profunda meditación, cuánto deben la unidad y la grandeza de España, a la resignación humilde de su más bravo y glorioso Capitán.

---

(3) R. Villa; página 444.

# Exposición de recuerdos del Gran Capitán y de su época

(Vestíbulo de la planta primera)

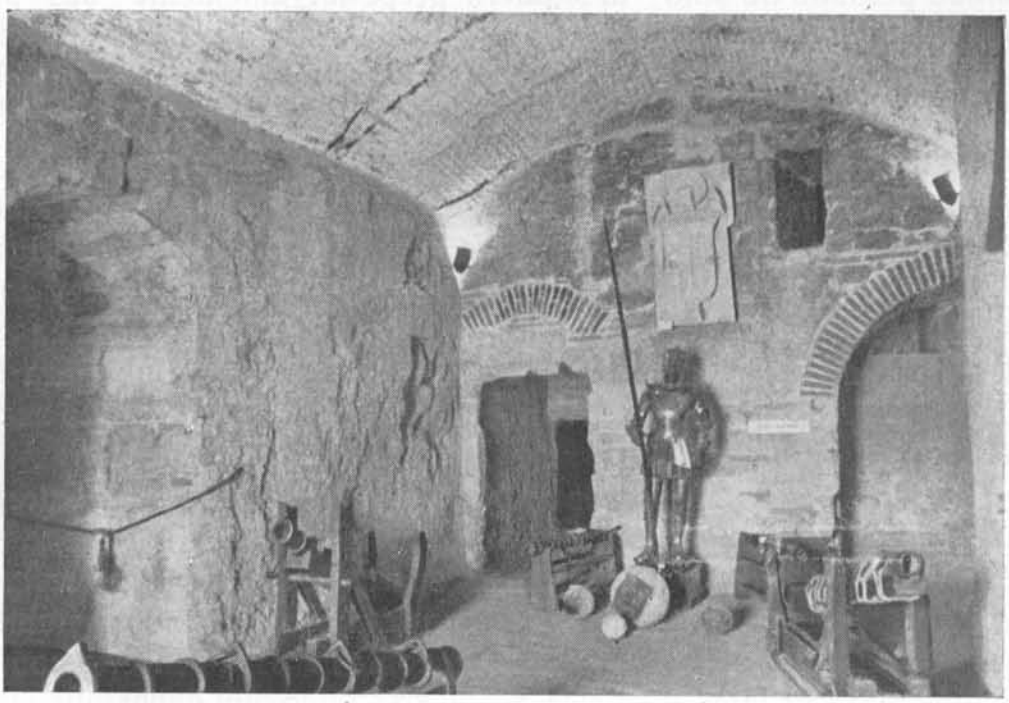

Foto: Prat.-Madrid

Armas ofensivas y defensivas, en el portalón de entrada a la Torre-Fortaleza pregonaron bajo el escudo Real de Fernando e Isabel, el contenido castrense de la Exposición conmemorativa del V centenario del Gran Capitán, en Córdoba